

continuo de la vida, por la Bretaña y la Normandía; la miseria casi siempre: hé aquí la libertad que encontró el desventurado *Marchena* en la nación adonde le había conducido la engañosa luz de sus esperanzas. Riouffe, su compañero de persecucion y de cárcel, dice así de *Marchena*: «Perseguido por la inquisicion religiosa de su país, vino á Francia á buscar la libertad, y cayó en manos de la inquisicion política de los comités revolucionarios» (1).

Su carácter era en sumo grado independiente, y á tal punto, que rayaba su independencia en desabrimiento y extravagancia. Rompia tan fácilmente con las leyes que imponen los hábitos de la sociedad culta, como con las leyes del mundo moral. Cuéntase, entre sus rarezas, la de haber domesticado un jabalí, que permanecía constantemente en su propio cuarto, y hasta dormía en su propia alcoba (2). Un día, por descuido acaso de una jóven que vivía en casa de *Marchena*, se precipitó el jabalí por la escalera y murió perniquebrado. *Marchena*, muy condolido, escribió una elegía en honra del jabalí. A su genial extravagancia, á su desvío de las formas comunes de la vida y á su incurable mordacidad, puede, en gran parte, atribuirse la glacial acogida que, despues de su extrañamiento de Francia, encontró en Suiza, en la brillante y célebre quinta de Coppet, por parte de madame de Staël, que en París le había tratado anteriormente con amistosa cordialidad.

La exaltacion de los sentimientos de *Marchena*, cuando violentas circunstancias ponian á prueba las fuerzas de su alma, tocaba en el último límite á que puede llegar la pasion política. Cuando, preso en la *Conserjería*, veía salir continuamente para la guillotina á sus compañeros de infortunio, se resentía profundamente de que su turno no llegase. Ambicionó la gloria de subir al cadalso, y acalorado el ánimo por la impaciencia y el orgullo, escribió á Robespierre estas memorables palabras: *Tirano, me has olvidado. Marchena* se hallaba asaltado en este momento por esa demencia sublime, que produce los héroes y los mártires.

Como todo era extremado en aquella alma impetuosa, la impiedad de *Marchena* tomó el carácter de un alarde violento y monstruoso. Hemos oído referir á personas que lo conocieron en París, que tuvo la audacia de poner sobre su puerta este letrero: *Ici l'on enseigne l'athéisme par principes*. No es imposible que tal hiciera el hombre que, encarcelado en la *Conserjería*, dió la siguiente prueba de fanatismo impío. Entre los presos había un monje benedictino. A las amarguras del penoso cautiverio se agregaba la, para él más insufrible todavía, de hallarse rodeado de aquel grupo de descreídos. Las blasfemias de éstos exaltaban la fe ardorosa y pura del venerable anciano, el cual, solo, impasible, con el corazón en Dios y el *Breviario* en la mano, hacia continuos é infructuosos esfuerzos para convertir á aquellos incrédulos recalcitrantes. Éstos hacían escarnio de la religion cristiana, y para llevar al colmo la sacrilega mofa y desesperar al admirable benedictino, inventaron un dios, un culto y una liturgia. Pusieron á aquel dios irrisorio el nombre de *Ibrascha*, y compusieron en su honor himnos y cánticos sagrados. Cayó *Marchena* tan gravemente enfermo por aquellos días, que se desconfió de salvar su vida. Al verle casi en la agonía, el benedictino, perseverante en su santo propósito, creyó que en aquel trance extremo, olvidadas las pasiones mundanas, hallaría eco en el corazón de *Marchena* la doctrina del Redentor del mundo, la memoria de sus ancianos padres. Todo en balde: el moribundo, haciendo un esfuerzo, responde á las evangélicas exhortaciones del monje, gritando: ¡Viva *Ibrascha*! (3). Tal vez *Marchena*, apartado de aquella sociedad excitadora de girondinos revolucionarios, habría sentido la influencia de las sanas y consoladoras palabras de la religion cristiana; pero las facultades de imaginacion eran en el manco andaluz más poderosas que las facultades de razon; se hallaba además en un momento de vértigo político, y la soberbia ahogó los impulsos naturales del alma. Este hombre, que así hacia gala del ateísmo, no era ateo. Había quedado como escondido en el fondo de su corazón algo de las creencias de su infancia y de su patria. En esa misma *Conserjería*, donde

(1) Riouffe, *Mémoires*, etc.

(2) Véase la carta de don José de Lira, en la noticia biográfica del abate *Marchena*.

(3) *Memorias* de Riouffe.

blasonaba de tan implacable impiedad, leía *Marchena* ¡quién podría imaginarlo! la *Gula de pecadores*, de fray Luis de Granada. El mismo lo confesó muchos años despues, diciendo al propio tiempo: «Es un libro que no puedo leer ni dejar de leer» (1).

Pasada la edad de las tendencias irreflexivas, aleccionado el entendimiento y escarmentado el corazón con los desengaños y los pesares, *Marchena* apaciguó el ímpetu de sus ideas y de sus pasiones. La transformacion fué grande. El republicano intolerante se convierte en servidor del rey José; el que renegó de España, haciéndose francés, vuelve á su patria, ansioso de morir en ella; y el adorador del dios imaginario *Ibrascha* muere, en efecto, en Madrid (1821), en el gremio de la fe católica, adorando y pidiendo misericordia al Dios verdadero. Su corazón le dijo al fin, como dice todo corazón sano á las almas serenas:

*Oh Dieu de mon berceau, sois le Dieu de ma tombe!*

Para que todo sea anómalo en la existencia de este escritor, hasta su fama de poeta lo es algun tanto, pues se funda principalmente en su oda *A Cristo crucificado*; asunto que, al parecer, debió ser el último que despertase la inspiracion del irreligioso *Marchena*. Como literato, es hombre de alto mérito. Poseia completamente el idioma de su patria adoptiva, y así por la audacia tribunicia como por el vehemente talento con que escribía, ya diatribas contra Tallien, Legendre, Fréron, ya folletos poco piadosos, llamó la atencion de Marat, del conde Beugnot, del general Moreau y de otros famosos franceses de aquel tiempo. Había estudiado profundamente las lenguas sábias, y llegó á enseñorearse á tal punto del latín, que engañó hasta á la docta Alemania, tan difícil de alucinar en tales materias, publicando en Basilea una tirada de versos latinos, que hizo pasar por uno de los trozos perdidos del *Satyricon* de Petronio, que afirmó haber encontrado en un antiguo manuscrito. Bien es verdad que la poesia de Petronio cuadraba á la inspiracion cínica de *Marchena*. Alentado con el triunfo, repitió la traviesa superchería, tomando por modelo á Catulo. Esta vez no engañó á nadie. Demostró de nuevo que era consumado latinista; pero había presumido demasiado de su instinto poético. *Marchena* no era ni bastante suave ni bastante poeta para llegar, en su imitacion, á la gracia y fluidez de aquel delicado y elegante escritor latino.

Como prosador castellano, su carácter impetuoso y poco flexible se refleja en sus escritos. Esto lo decimos en alabanza suya, porque tiene cualidades esenciales, de que carece siempre la medianía: espontaneidad, vida, color, impulso propio. Su estilo es á veces extraño, pero siempre original y vigoroso. Fué tachado, y no sin razon, de plagar las muchas traducciones que hizo del francés, ora de arcaísmos, ora de imperdonables galicismos. Escribía entonces, para vivir, con la prisa y la indiferencia del menesteroso, y se habían además inoculado, por decirlo así, en su entendimiento las frases, como las ideas de los libros franceses, que habían sido insano alimento de su primera educacion. Con el tiempo llegó á manejar desembarazada, castiza y hábilmente el habla castellana, adquiriendo la perfeccion visiblemente artificial que se advierte en el *Discurso preliminar* que puso al frente de su coleccion titulada *Lecciones de filosofia moral y elocuencia*; discurso que, prescindiendo de las singularidades de frase y de doctrina inseparables del hombre, honra en alto grado al escritor, y merece ser considerado como una muestra luminosa de buen decir y de crítica resuelta y levantada. Los juicios de este célebre estudio no son siempre, sin embargo, imparciales y seguros. *Marchena* escribe de crítica literaria con la misma acerada pluma con que escribía de política en los periódicos *L'Ami du peuple* y *L'Ami des lois*. Lo ve todo desde un punto de vista demasiado rígido y absoluto. Tiene firme y elevado el pensamiento, pero le falta sensibilidad estética, y le cuesta trabajo admirar. Por otra parte, la pasion política y la aspereza republicana habían entibiado

(1) Sobre este y otros hechos de la vida de *Marchena* hay interesantes pormenores en los notables artículos biográficos que de él han publicado nuestros amigos los estimables escritores don Gaspar

Bono Serrano y monsieur Antoine de Latour. Este último, en lengua francesa, en la revista mensual de París titulada *Le Correspondant* (25 de Febrero de 1867).

ó torcido en su ánimo los sentimientos de la patria, y carece de sentido histórico para juzgar las antiguas glorias españolas. Es acaso el único español que ha encontrado palabras de aver-sion y censura para la esclarecida reina Isabel la Católica, uno de los caracteres más grandes, más nobles y más populares que ofrecen los anales de los tiempos modernos.

¡Cosa singular! Este hombre de viva y temeraria fantasía, cuya iniciativa de carácter, de pensamiento y de conducta era desmedida, no tenía, como poeta, ni vuelo ni desembarazo. En la célebre oda *A Cristo crucificado*, en la *Epístola sobre la libertad política*, en la tragedia *Polixena*, y en algunas otras obras poéticas, hay rasgos de esos que sólo emanan del estro verdadero; pero en general la poesía de *Marchena* contrasta con su prosa por la falta de concision, y á veces de cadencia armónica, y por el sello patente de ejecucion premiosa y desleida (1). No es dable negar que Dios depositó en el alma de *Marchena* la accion, la luz y el temple que constituyen la inspiracion de cierto linaje. El soplo del encono político torció el rumbo natural del alma y agostó las flores de aquella inspiracion. El infortunio consumió la obra destructora, y probablemente ni un solo afecto puro y sereno llegó á iluminar con un rayo de dicha verdadera aquella trabajosa y trabajada vida.

Pasemos ya á hablar de *don José María Blanco*, una de las lumbreras de la escuela sevillana, escritor de gran significacion en la historia literaria de su época, por la índole vehemente y movediza de su talento, por sus prendas de corazon y hasta por la triste celebridad que alcanzó su apostasía religiosa. La actual generacion, demasiado cercana á los tiempos de *Blanco-White*, no puede acaso juzgar con imparcialidad completa una vida tan desventurada y escabrosa.

El padre de *Blanco*, el caballero irlandés Guillermo White, extremaba hasta la pasion el fervor católico. Tuvo dos hijas, y ambas se hicieron monjas. Obligó á *José* á abrazar la carrera eclesiástica, para la cual no tenía vocacion verdadera. Ésta, que se ha supuesto presion desmedida del hogar paterno, y motivo fundamental de la conducta de *Blanco*, no pudo serlo en realidad. Ni ha quedado memoria de que la accion moral doméstica del padre y de la dulce y discreta madre de *Blanco* fuese opresiva, ni lo denota tampoco la conducta de éste en los primeros años de su vida. Consagrado con fervoroso ahinco á estudios de teología y devocion, predicador distinguido, vencedor, á los veintiseis años, en la oposicion que hizo á la canongía magistral de la capilla real de San Fernando de Sevilla, halagado con la naciente gloria literaria que le granjeaban sus poesías, todo indica que *Blanco* en aquel período, el más plausible, sano y dichoso de su vida, obraba con espontaneidad y contento.

De improviso huyeron del alma de *Blanco* el sosiego y la fe. Y que este cambio fué violento y repentino, lo dijo él mismo en esos momentos de expansion en que brota la verdad de las almas sinceras. Detenidas explicaciones dogmático-políticas dió *Blanco* de la transformacion de sus ideas y opiniones, en varios escritos (2); pero en ninguno hace una confesion más categórica, más concisa y más amarga que en su *Despedida á los hispano-americanos*, escrita en 1825 (3). Oigamos sus propias palabras autobiográficas:

No había pasado un año, cuando.... me ocurrieron las dudas más vehementes sobre la religion católica.... Mi fe vino á tierra.... Hasta el nombre de *religion* se me hizo odioso.... Leía sin cesar cuantos libros ha producido la Francia en defensa del *deísmo* y *ateísmo*.

(1) Aludiendo á la traduccion del *Tartufe*, decía *El Censor* (2 de Junio de 1821):

«El señor *Marchena*, en quien la literatura española acaba de perder uno de sus ornamentos, y la libertad uno de sus más antiguos y constantes defensores, ha traducido con toda verdad el pensamiento de Molière, le ha hecho hablar español, y ha sabido conservar la gracia y el enlace de las ideas; pero sus versos en el género cómico carecen

de la fluidez y armonía que hemos notado en las composiciones líricas de aquel sabio literato.»

(2) Véase principalmente su obra, escrita en inglés, que tanta fama le dió en Inglaterra, *Letters from Spain by don Leucadio Doblado*. Londres, 1822.

(3) *Varietades ó Mensajero de Londres*, periódico trimestral, publicado en Londres por *Blanco-White*.

Diez años pasé de este modo.... Me avergonzaba de ser *clérigo*, y toda mi ambicion se encerraba en prolongar la *licencia del Rey*, que me permitia vivir en Madrid, donde, por no entrar en ninguna iglesia, no vi las excelentes pinturas que hay en las de aquella córte.... ¡Tan enconado me había puesto la tiranía!

El viaje de *Blanco* á Madrid, donde hubo de alimentar sus ilusiones liberales en la tertulia de Quintana y con la lectura de libros peligrosos, contribuiría á aumentar la exaltacion de sus ideas. Pero no basta á explicar aquel vacío profundo é irremediable que se formó en el alma del poeta sevillano. Romper impetuosamente con los principios y los sentimientos que se han respirado, por decirlo así, desde la cuna, en la sociedad y en la familia; mirar, no sólo con indiferencia, sino con sañuda intolerancia, las cosas más respetables y respetadas de la sociedad en que vivimos, es un fenómeno moral, que la terrible accion de las épocas de impulso revolucionario no alcanza á explicar por sí sola. Para que se trastornen repentinamente por completo las leyes del corazon y de la conciencia, forzoso es que haya en el alma aviesas é infelices tendencias, de que carece, por fortuna, el comun de los hombres. Entre muchos españoles que, en los últimos años del siglo XVIII y en los primeros del actual, cultivaban su entendimiento con libros de la escuela enciclopedista, la impiedad se hizo moda. Pero sólo *Marchena* y *Blanco* la llevaron hasta los límites de la ira, trocando la fe ciega, que ellos juzgaban pernicioso fanatismo, por otro fanatismo, el de la impiedad y la duda, tan intolerante como los demas, y más dañoso al orden de las sociedades y á la ventura del corazon.

*Blanco* fué aún más allá que *Marchena*. Ambos cambiaron de patria; pero *Blanco*, que llegó á dudar de todas las religiones, abandonó tambien la de sus padres. Pasiones de otro linaje contribuyeron á esta resolucion lamentable. No es éste el lugar de consignar pormenores biográficos de *Blanco*; pero, al juzgar un hecho que tanta trascendencia tuvo en su vida, como español y como escritor, la posteridad debe acrisolar la verdad y señalar á los hechos sus causas principales.

Cuando achaca *Blanco* al *encono* que le había infundido la *tiranía*, su intensa aversion á la religion y á la Iglesia, podría creerse que la pasion política, ciega y desatentada, era la causa única que le había movido á expatriarse voluntariamente y á renegar de sus creencias, buscando por cualquier camino, bajo el cielo británico, el aire de la libertad. Pero hay que considerar que cuando, ya en la madurez de la vida, se decidió á abandonar para siempre su patria y sus amigos, no ofrecía la situacion política de España el humillante cuadro que *Blanco* había presenciado en Madrid. Se hallaba éste en Cádiz, cabalmente en momentos de una transformacion histórica, en que asomaba resplandeciente la aurora de la independencia política, á la sazón mezclada con el fuego de generosos impulsos de independencia nacional, y no es difícil columbrar que no el fantasma de la *tiranía*, sino otros móviles más personales fascinaban el entendimiento y avasallaban el corazon de aquel hombre exaltado é irreflexivo (1). El canónigo *Blanco* tenía hijos, y su ternura, su vergüenza, el temor de ser objeto de escándalo á la vista de una nacion creyente y de unos padres timoratos, fueron probablemente las causas decisivas de su conducta (2). Sensible y generoso, si bien vehementemente irascible y tornadizo, *Blanco* carecía de la entereza que se requiere para arrostrar con humildad cristiana, que es al propio tiempo su único remedio, las consecuencias de un extravío. Los que carecen de esta sublime energía, suelen, á pesar suyo, reparar una falta cometiendo otra falta mayor. Dios habrá juzgado la conducta del obcecado sacerdote. A los hombres nos toca sólo compadecer su desventura. Por impenetrables que parezcan los arcanos de la conciencia, puede conjeturarse con fundamento que *Blanco* no halló en Inglaterra ni la dicha ni el sosiego que esperaba. A los treinta y cinco años no se encuentra una nueva patria. Contra España, que le había colmado de afecto y de aplausos, se ensañó en Londres con la violen-

(1) Llegó *Blanco* á Falmouth en Marzo de 1810.

(2) Véase la noticia biográfica de *Blanco*, escrita por don Bartolomé José Gallardo, en uno de los tomos siguientes de la presente coleccion.

ta energía de los débiles. En *El Español*, revista mensual, que empezó á publicar á poco de su llegada á Inglaterra, atacó no solamente á la Junta Central, á la cual profesaba ojeriza porque en Sevilla le había mandado moderar la violencia de su lenguaje cuando atacaba los actos del Gobierno en *El Semanario patriótico*, sino á la misma nación española, contra la cual se volvía siempre en todas las cuestiones de interés y de honra que suscitaban, en menzura de España, la Inglaterra ó la América española. Su periódico se hizo órgano y apoyo de la rebelión de Caracas y de Buenos-Aires contra la madre patria, lo cual despertó en el ánimo de los españoles un vivo resentimiento de la ingrata conducta del apóstata de la religión y de la patria (1). «Su aversión, dice Galiano, á todo lo español llegó á hacerse verdadera manía.» Tanto le cegaba su encono, que sostuvo que en España ni existía ni podía existir poesía digna de este nombre. Logró escribir el inglés con facilidad y elegancia (2). Pronto siempre á dañar al catolicismo en cualquiera forma y terreno que se le presentase, combatió con la ira y el vigor que eran inseparables de su estilo, la emancipación de los católicos. Ayudado á la sazón por la pasión política, se hizo escritor de cuenta y nombradía entre los individuos del bando *tory* que sostenían ardentemente aquella doctrina. Amanzada después repentinamente, en este punto, la airada pluma de Blanco, fué tenido por hombre sin consistencia en sus propósitos y principios, y se trocó en desconcepto y en desvío la antigua estima y admiración de sus amigos. Su conducta religiosa en Inglaterra no pudo ser tampoco aplaudida. Nadie ignoraba los vaivenes de su alma en esta parte. Católico, primero, después impío, luego fervoroso anglicano, y por último *unitario*, esto es, incrédulo de nuevo; porque esta secta, odiosa á los ojos de los más de los ingleses, niega la Trinidad, la divinidad de Jesucristo y otros dogmas de los demás protestantes.

En los tiempos de favor y fortuna fué Blanco profesor en la universidad de Oxford y canónigo en la catedral protestante de San Pablo, de Londres. Dió carrera en el ejército inglés de la India al hijo único que le quedaba. Pero el vacío de su alma no se llenó jamás. El protestantismo, que había abrazado sin fe, no consoló su atribulado espíritu. Ya no volvió á hallar en sus versos la inspiración lozana de los tiempos serenos de su juventud. Los últimos años de su vida fueron una verdadera expiación. Lo devoraba la tristeza, y la imagen de la patria y de los amigos que había perdido, se ofrecía á sus ojos con la triste forma del remordimiento. Esquivaba á los españoles, que tanto en su mocedad había amado: acaso veía en ellos involuntarios acusadores. Poco más de un año antes de su muerte, ocurrida en 1841, sintió con la vehemencia con que lo sentía todo, el deseo de escribir un libro en

(1) Entre los escritos que se publicaron en España para defender á la nación y al Gobierno de la malquerencia de Blanco, merece citarse, por lo bien razonado, un folleto publicado en Cádiz, el año mismo de su emigración voluntaria. Hé aquí cómo juzga el proceder de Blanco:

Su patriotismo (alme al que manifestaba como redactor de *El Semanario patriótico*) no estaba sino en la punta de su pluma; su filosofía no estaba en el corazón, como estaba en las palabras; la patria era después que sus menores disgustos. Si; él la abandonó en sus mayores necesidades, él la pospuso á sus incipientes resentimientos, él se ha expatriado á un país desde donde á salvo-conducto siembra las horribles semillas de la discordia entre los pueblos españoles de Oriente y Occidente, con aquel poder retórico que saben hacerlo estos revolucionarios que anhelan gloria y celebridad, aunque sea á costa de hundir y echar por tierra todas las monarquías. Ni las sagradas obligaciones que le competían y obligaban como ciudadano, ni los sentimientos filantrópicos por la humanidad, ni el deseo de las ocasiones de manifestar al mundo sus virtudes y talentos, ni las voces y necesidades de su maltratada patria, pudieron más que sus injustos enojos.... Este hombre peligroso, este espurio patriota, este hijo de sus pasiones, que prometía tanto bien, y no hace más que el mal, es un enemigo de la patria.

Cuando declama contra España por la conquista de América, pa-

rece que los españoles han sido los únicos en el mundo que han practicado estos actos de poder. ¡Cómo se olvida el señor Blanco de las páginas de la historia para agraviar á su patria!....

(Denunciación de don José Blanco, autor del periódico que se publica en Londres con el título de *EL ESPAÑOL*. Cádiz, en la imprenta Real, año de 1810.)

(2) Como muestra, juzgamos oportuno publicar el siguiente soneto. De él decía el célebre poeta Coleridge que era una de las cosas más delicadas que se habían escrito en lengua inglesa:

*Mysterious night! when our first parent knew  
Thee from report divine, and heard thy name,  
Did he not tremble for his lovely frame,  
This glorious canopy of light and blue?*

*Yet beneath a curtain of translucent dew,  
Bathed in the rays of the great setting flame  
Hesperus, with the host of heaven came,  
And lo! creation widened in man's view.*

*Who could have thought such darkness lay concealed  
Within thy beams, O sun! or who could find  
Whilst fly, and leaf, and insect stood revealed  
That to such countless orbs thou madest us blind?  
Why do we then shun death with anxious strife?  
If light can thus deceive, wherefore not life?*

castellano, y escribió una novela. En ella se ven claros indicios de la reacción que la proximidad de la muerte había producido en su alma lacerada. Tacha de ambiciosos y orgullosos á los protestantes por la conducta que observan con los católicos de Irlanda, se complace en llamar *paisanos* á los españoles, y manifiesta á las claras con cuán intenso amor volvía su alma á las memorias del suelo natal (1).

Grandes hubieron de ser las cualidades simpáticas de Blanco, cuando, á pesar de sus errores, le profesaron siempre tierna amistad los amigos de su juventud, Arjona, Reinoso, Lista, Gallardo, Quintana, Gallego y otros varones de alta valía. No era ciertamente un hombre vulgar. Su alma impetuosa era de aquellas en que andan en discordia conjunto brillantes prendas y trascendentales defectos. Hijo y juguete de uno de esos terribles períodos históricos en que se estremecen y quebrantan las bases del mundo moral, fué víctima de las pasiones públicas de su tiempo á par que de las suyas propias. No es, por lo tanto, escasa su significación en la historia literaria de España. Tenía fuerzas intelectuales para haber sido un escritor de más elevado linaje, y aunque las malgastó en gran parte, á causa de la pasión, la inquietud y la desgracia, han dado sobrados frutos para que pueda negársele un puesto ennoblecido en las letras de su época.

La lucha política, y no la poesía, fué su verdadera vocación. Como poeta no raya á grande altura, y pocas de sus obras en verso pueden leerse sin hastío ahora, que está el gusto público tan distante de aquella escuela artificial. Demostró, no obstante, en varias obras poéticas de su primera época, esto es, de su época española, briosos pensamientos, entonación y armonía. Su mejor producción poética, según afirmaba Lista con entusiasmo, es un poema *A la Belleza*, que, á pesar de nuestros esfuerzos, no nos ha sido dable encontrar (2).

Recordemos ahora á varios poetas que, aunque arrastrados, en sus creencias y en sus impulsos morales, por el ímpetu de las ideas francesas de la revolución, conservaron vivos los sentimientos tradicionales de la nación, y no arrancaron de su corazón, como Marchena y Blanco, el amor de la patria.

Resplandecía por aquellos días el nombre de don Joaquín Lorenzo Villanueva, sacerdote de ánimo inquieto y mal disciplinado. Aunque ménos profundo y ménos investigador que su hermano don Jaime, autor del *Viaje literario á las iglesias de España*, era instruido y agudo, y uno de esos removedores de las letras y de la política, que, si no alcanzan á dejar á su país monumentos de verdadera gloria, contribuyen al sacudimiento de las ideas, que, cuando no salen del cauce de la razón, suelen en momentos determinados sacar á las naciones del letargo moral que embarga y tuerce sus facultades naturales. Cultivó la poesía, porque quiso abarcar con ambicioso anhelo todos los ramos de la literatura; pero sus laureles de poeta se marchitaron muy en breve, y la posteridad habría acaso olvidado su nombre sin el rumor de escándalo que llevó tras sí en su azarosa vida, en parte por los vaivenes de su tiempo, en parte también por las tendencias descaminadas de su carácter. Primero, calificador del Santo-Oficio de la Inquisición, después tachado de jansenista, y más adelante rechazado por la Santa Sede cuando lo nombró el rey Fernando VII ministro plenipotenciario en Roma, fué Villa-

(1) «Una ausencia de treinta años casi me ha hecho extranjero en mi patria, y no será difícil conjeturar con qué poca confianza emprendo, enfermo y casi moribundo, la composición de una obra en español.... Es ley de la condición humana que á medida que envejecemos, se rejuvenezcan las impresiones de la niñez y de los verdes años.... Me empecé á convencer, algunos años há, que había entrado en los términos de la vejez, con el perpetuo revivir, que noté en mí, de imágenes y memorias españolas.... La luz de la esperanza no es mía.

No; el sepulcro está casi cerrado sobre mí, y aunque no lo estuviese, aunque me hallara en el vigor de mi vida, España no me recibiría sino con condiciones. No diré más.... El deseo de hablar por última vez á los españoles me rebosa en el pecho....» (Introducción á la novela *Luisa de Bustamante, ó la huérfana española en Inglaterra*.)

(2) En otro lugar hemos dicho que han sido estériles las investigaciones hechas en Sevilla con suma diligencia por algunos de los más distinguidos literatos de aquella ciudad.